

# Morir de inanición

Miguel Pérez de la Mora

Hace cuatro años y medio que se instaló en nuestro país el “gobierno del cambio”. Muchos de los mexicanos fuimos a las urnas, si no a votar a favor de un partido, sí en contra de otro, que tras una larga historia de ineficiencia, corrupción y teatro había agotado sus posibilidades imaginativas de gobierno y había sumido al país en pobreza y desesperanza.

El discurso de toma de posesión del presidente Fox, aunque objetivamente poco real, nos dio a muchos mexicanos aliento y esperanza. Por desgracia, la realidad se impuso a la fantasía, y si efectivamente se consolidó un “cambio”, éste fue, salvo contados aspectos de la vida nacional, de retroceso y confrontación.

La falta de rumbo y la complacencia propia han transformado a nuestro país en un reino mítico y carnavalesco en el que el discurso oficial contradice cotidianamente, con chacota y chanza, a lo que la mayor parte de los mexicanos percibimos en nuestros bolsillos, en nuestras relaciones con el exterior, en nuestro afán por la salud y la educación. Así también, a los que habitamos el Distrito Federal se nos ha colocado como ciudadanos de segunda, incapaces de elegir y mantener a nuestros gobernantes.

Dentro de este contexto, la ciencia, la cultura y la educación han sufrido enormemente. Se habla sin rubor de incrementos millonarios a estos rubros, pero la situación de nuestros escolares, como lo atestiguan los numerosos informes de organizaciones internaciona-

les, es tristemente desoladora. Se habla de la creación de numerosas universidades y la realidad muestra sólo la proliferación de “escuelitas de paga” que con la complacencia y apoyo oficial se erigen como verdaderas universidades. Se habla del fortalecimiento de nuestra cultura, pero otrora sólidos proyectos culturales languidecen y se ven cotidianamente amenazados de muerte. Se informa con descaro de asignaciones presupuestales sin precedente destinadas al fortalecimiento de la actividad científica, y aun de elevar el apoyo a la ciencia en un uno por ciento del producto interno bruto; al mismo tiempo, se invoca a la “legalidad” para recortar asignaciones legislativas destinadas al apoyo de dicha actividad y, a través del Conacyt, se limitan y se hacen inciertos los recursos destinados a fomentar a la ciencia en los lugares donde ésta genuinamente se hace: los laboratorios de universidades y centros de educación superior.

Si cambio fue promesa y optimista esperanza, la reciente pretensión *inédita* de censurar la opinión del presidente de la Academia Mexicana de Ciencias en torno a lo que el “cambio” ha significado para la comunidad científica del país, muestra dramáticamente que la promesa se aleja de la realidad y que el optimismo es ya sólo escepticismo. No sería sorprendente entonces que, en cualquier momento, con la complicidad de encumbrados miembros del poder judicial, se votara por mayoría una controversia constitucional que pusieran a la ciencia, la cultura y la educación fuera de la ley y las condenaran a morir de inanición.